

ENSAYO

EDUCACIÓN POLÍTICA*

Michael Oakeshott**

Este ensayo, junto con recoger un esfuerzo por deslindar los alcances de una cátedra de Educación Política, plantea en lo básico una forma de entender y explicar la actividad política en su más amplio sentido. Su autor profundiza una línea de análisis que pone en su lugar al empirismo político y que considera a las ideologías como una guía insuficiente y precaria para una percepción cabal de la práctica y el comportamiento político concreto. Sus premisas y conclusiones son especialmente esclarecedoras en momentos en que priman sobre el particular esquemas preconcebidos y abiertamente ideologizados.

Los predecesores en esta cátedra, Graham Wallas y Harold Laski, fueron hombres sobresalientes; seguirlos constituye una empresa para la cual estoy difícilmente preparado. En el primero de ellos, la experiencia y la reflexión se combinaban alegremente para dar a la política una enseñanza práctica y profunda; un pensador asistémico cuyas ideas eran, sin embargo, mantenidas firmemente unidas producto de una investigación honesta y

*Este trabajo fue originalmente preparado para una clase inaugural del London School of Economics and Political Science de la Universidad de Londres. Traducido del libro *Rationalism in Politics and Other Essays*, London: Methuen & Co. Ltd.. 1981. Publicado por primera vez en 1962. En el original el ensayo se titula "Political Education". Traducido y publicado con la debida autorización.

**Ensayista y profesor de Ciencia Política en el London School of Economics and Political Science, Universidad de Londres. Otros ensayos de este autor en *Estudios Públicos*: "Qué es ser Conservador", 11 (Invierno 1983); "La Economía Política de la Libertad", 16 (Primavera 1984); "La Voz de la Poesía en la Conversación Universal", 24 (Primavera 1986).

paciente; un hombre que reflexionó sobre la inconsecuencia del comportamiento humano y para quien tanto las razones de la mente como las del corazón eran igualmente familiares. En el segundo, la sobria claridad del intelecto se combinaba con un cálido entusiasmo; al humor de un erudito se unía el temperamento de un reformador. Parece que fue ayer cuando nos maravillaba con la amplitud y exactitud de sus conocimientos, ganándose nuestra simpatía por la osadía de sus defensas y haciéndose querer por su generosidad. En sus diversos modos —modos en los que su sucesor no puede esperar competir— estos dos hombres dejaron una huella en la educación política de Inglaterra. Ambos fueron grandes educadores, abnegados, incansables, y con clara seguridad en lo que debían enseñar. Y quizás parezca un poco ingrato el que hayan sido seguidos por un escéptico, alguien que lo haría mejor si tan sólo supiera cómo. Pero nadie podría desear un testigo más exacto y comprensivo en sus actividades que estos dos hombres. Y el tema que he escogido para tratar hoy es uno que contaría con la aprobación de ambos.

I

La expresión 'educación política' está pasando por momentos difíciles; en la intencionada y solapada corrupción del lenguaje —característica de nuestra época— ha adquirido un significado siniestro. En otros lugares, se asocia con aquel reblandecimiento de la mente, por medio de la fuerza, alarma, o por la hipnosis que produce la interminable repetición de lo que apenas valdría la pena haber dicho una vez, a través del cual poblaciones enteras han sido reducidas a la sumisión. Es, por lo tanto, una empresa que vale la pena reconsiderar, en un momento de calma, que une a dos actividades loables, y al hacerlo así la rescata en parte del abuso de la cual ha sido objeto.

Entiendo la política como la actividad de atender los acuerdos generales de un grupo de personas unidas ya sea por el destino o por la voluntad. En este sentido, las familias, clubes, y sociedades ilustradas tienen sus "políticas". Pero las comunidades en las que prima este tipo de actividad son las que se organizan en grupos cooperativos hereditarios, muchas de ellas de antiguo linaje, todas conscientes de un pasado, un presente y un futuro, a las que llamamos "estados". Para la mayoría, la actividad política es secundaria —vale decir, tienen otras cosas que hacer aparte de preocuparse de este tipo de órdenes. Pero como nosotros hemos llegado a comprenderla, esta actividad es una en la cual todo miembro de un grupo, que no es niño ni lunático, tiene alguna parte y alguna responsabilidad. En un nivel u otro, la entendemos como una actividad universal.

Hablo de esta actividad como "la preocupación por un orden" en vez de "la creación de un orden", ya que en estos grupos cooperativos hereditarios, la actividad nunca se presenta como una página en blanco de infinitas posibilidades. En cualquier generación, incluso en la más revolucionaria, los órdenes existentes para beneficio de la comunidad siempre exceden por mucho a los que son reconocidos como necesarios de atender, y aquellos que están siendo confeccionados para su goce son pocos en comparación con aquellos que son reformados: lo nuevo constituye proporciones insignificantes dentro del todo. Hay personas, por supuesto, que se permiten decir:

'El orden no tiene otro propósito que ser modificado',

pero, para la mayoría de nosotros, la determinación de mejorar nuestra conducta no nos impide reconocer que gran parte de lo que tenemos no es una carga agobiadora o un demonio indeseable, sino una herencia que se disfruta. Y un cierto grado de desarreglo va junto a toda conveniencia real.

Ahora bien, preocuparse del orden de una sociedad es una actividad que, como todas, debe ser aprendida. La política llama al conocimiento. En consecuencia, no es irrelevante inquirir en la clase de conocimiento que está involucrado, e investigar la naturaleza de la educación política. Sin embargo, no me propongo preguntar con qué información nos debemos equipar antes de iniciarnos activamente en política, o lo que necesitamos saber para ser políticos exitosos, sino que investigar en el tipo de conocimiento que inevitablemente necesitamos cada vez que nos comprometemos en una actividad política y de adquirir con ello una comprensión sobre la naturaleza de la educación política.

Nuestras ideas sobre educación política, entonces, deberían quizás brotar de nuestra comprensión de la actividad política y del tipo de conocimiento que comprende. Y se pensará que a estas alturas deseamos una definición de la actividad política de la cual podamos sacar algunas conclusiones. Pero creo que éste sería un modo equivocado de abordar nuestro problema. Lo que se requiere no es tanto una definición de la política para luego deducir la naturaleza de la educación política, sino una comprensión de la actividad política que incluya el reconocimiento del tipo de educación involucrada. Ya que comprender una actividad es conocerla como una totalidad concreta; es el reconocer que el origen de su movimiento reside en sí misma. Una comprensión de la actividad que deje fuera algo propio de ella es, por esta razón, inadecuada. Y si la actividad política es impracticable sin un cierto tipo de conocimiento y una cierta clase de educación, entonces este conocimiento y esta educación no son meros apéndices de la actividad sino que son parte de la actividad misma y deben ser incorporados a la comprensión de ella. No

debemos, por tanto, buscar una definición de política para deducir de ella la naturaleza del conocimiento y educación política, sino más bien, observar el tipo de conocimiento y educación que es inherente en todo entendimiento referido a una actividad política y utilizar esta observación como un medio para mejorar nuestra comprensión de la política.

Mi propuesta es, entonces, considerar la suficiencia de dos aproximaciones actuales en interpretaciones políticas, junto con el tipo de conocimiento y clase de educación que implican, tratando de superarlas para alcanzar lo que podría llegar a ser una comprensión más apropiada de la actividad política misma y simultáneamente del conocimiento y la educación que le son propios.

II

Algunas personas entienden la política como algo que se podría llamar actividad empírica. Ocuparse del orden de una sociedad es despertar cada mañana y pensar qué le gustaría a uno hacer o qué le gustaría a otra persona (a quien yo deseo complacer) que se hiciera, y llevarlo a cabo. Esta manera de entender esta actividad puede llamarse política sin un programa. A simple vista parecería un concepto de política difícil de sostener; no parece ser, de ningún modo, una manera posible de actividad. Pero haciendo un examen más a fondo, éste es, tal vez, el proceder de un déspota oriental proverbial, de un escribiente de muros o de un captador de votos. Puede suponerse que el resultado sea el caos, modificado por cualquier coherencia producto de un capricho. Existen políticas atribuidas al primer Lord Liverpool, de quien Acton dijo: 'El secreto de su política era que no tenía ninguna', y un francés agregó que si hubiera estado presente en el momento de la creación del mundo habría dicho: *Mon Dieu, conservons le chaos*. Parece ser, entonces, que una actividad concreta, que puede ser explicada como una aproximación a la política empírica, es posible. Pero está claro que, aunque cierto conocimiento está basado en este estilo de actividad política (conocimiento, como dicen los franceses, no de nosotros mismos sino de nuestros instintos), la única clase de educación apropiada para este conocimiento sería una basada en la locura, es decir, regida solamente por deseos pasajeros y esto nos revela el punto importante: propiamente, que comprender la política como una actividad puramente empírica es malentenderla, porque el empirismo no es de ningún modo una manera concreta de actividad, y solamente puede asociarse en una manera concreta de actividad cuando va unida a otra cosa: en ciencia, por ejemplo, cuando se une a la hipótesis. Lo válido de este entendimiento no es la posibilidad de derivar un acercamiento al tema, sino que toma como un modo de actividad concreta, autoimpulsada, lo que sólo es un momento abstracto de

cualquier forma de estar activo. Por supuesto, la política es la búsqueda de lo deseado y de lo que se desea al instante; pero precisamente por ser esto, la política no puede ser la búsqueda de lo que nace, momento a momento. El acto de desear no sigue este curso; el capricho nunca es absoluto. Desde un punto de vista práctico, podemos descalificar este estilo de política que se aproxima al empirismo puro porque lleva consigo una aproximación a la locura. Pero desde un punto de vista teórico, la política empírica pura no es difícil de alcanzar ni evitar: es simplemente imposible; es el producto de una equivocación.

III

El entendimiento de la política como actividad empírica es, por lo tanto, insuficiente porque no revela ninguna manera concreta de actividad, y tiene además el defecto de alentar a los inconscientes a seguir un estilo de orden de la sociedad que, con seguridad, tendrá resultados desastrosos; tratar de hacer algo que es inherentemente imposible siempre es un error. Debemos, si se puede, mejorarlo y a este impulso se le puede dar una dirección preguntándose: ¿Qué ha dejado de tomar en cuenta esta concepción de la política? ¿Qué (hablando fríamente) ha dejado de considerar, y que al ser considerado, resultaría en una comprensión en la cual la política se revelaría como un modo o actividad autoimpulsada? Y la respuesta a la pregunta está, o parece estar, al alcance apenas esta última ha sido formulada. Pareciera ser que lo que le falta a esta concepción de política es algo que eche a andar el empirismo, algo que corresponda a una hipótesis específica en ciencia, un fin a ser alcanzado más amplio que un deseo puramente momentáneo. Debe observarse que lo anterior no constituye sólo una buena compañía para el empirismo; es algo sin lo cual el empirismo en acción es imposible. Exploremos esta sugerencia: para lograrlo la expondré en forma de proposición: la política aparece como un modo de actividad autoimpulsada, cuando el empirismo es precedido y guiado por una actividad ideológica. No me preocupa el así llamado estilo ideológico de la política como un modo adecuado o inadecuado de ocuparse de los ordenamientos de una sociedad; me preocupa sólo el argumento que establece que cuando al elemento ineludible del empirismo (hacer lo que uno quiere) se le agrega una política ideológica, surge una manera autoimpulsada de actividad y que, consecuentemente, esto puede ser considerado, en principio, como una comprensión suficiente de la actividad política.

Como yo lo entiendo, una ideología política pretende ser un principio abstracto, o un conjunto de principios abstractos relacionados, que ha sido preconcebido de modo independiente. Ofrece, con anterioridad a la actividad de atender los órdenes de la sociedad, un fin determinado a ser alcanzado y, al

hacerlo así. provee de los medios para distinguir entre aquellas aspiraciones que deben ser promovidas y las que deben ser suprimidas o reorientadas.

El tipo más simple de ideología política es una idea abstracta única, como Libertad, Igualdad, Máxima Productividad, Pureza Racial o Felicidad. En estos casos se entiende la actividad política como un quehacer que vela por que el orden de la sociedad se adecúe o refleje la idea abstracta elegida. Sin embargo, es más corriente que se presente la necesidad de un esquema complejo de ideas relacionadas y no una sola idea; por lo general, los ejemplos señalan sistemas de ideas como: 'los principios de 1789', 'Liberalismo', 'Democracia', 'Marxismo' o la Carta del Atlántico. Estos principios no son absolutos o inmunes a los cambios (aunque frecuentemente así se les considere), pero su valor radica en que fueron preconcebidos. Constituyen un entendimiento de lo que se debe lograr, independientemente de cómo se logre. Una ideología política pretende dar a conocer de antemano la noción de lo que es 'Libertad'. 'Democracia' o 'Justicia', y de esta manera pone en marcha el empirismo. Este conjunto de principios es, por supuesto, susceptible de ser discutido y objeto de reflexión; es algo que los hombres confeccionan para sí y pueden más adelante recordarlo o reescribirlo. Pero la condición para que pueda cumplir la tarea asignada es que no le debe nada a la actividad que controla. 'Conocer el verdadero bien de la comunidad es lo que constituye la ciencia de la legislación', dijo Bentham; 'el arte consiste en encontrar los medios para lograr ese bien'. El argumento que tenemos enfrente, entonces, es que el empirismo puede ponerse en práctica (y surgir un modo de actividad concreto y autoimpulsado) cuando lleva consigo una guía de esta especie: deseo y algo no generado por el deseo.

Ahora bien, no cabe duda de cuál es el tipo de conocimiento que una actividad política, entendida así, necesita. Se requiere, en primer lugar, conocimiento de la ideología política elegida; un conocimiento de los fines a ser alcanzados y un conocimiento de lo que queremos hacer. Se da por descontado que si se logran estos objetivos necesitaremos también otro tipo de conocimiento; por decir, de economía y psicología. Pero la característica común de todos los tipos de conocimientos requeridos es que pueden ser, y deben ser, reunidos antes de comenzar a ocuparse del orden de una sociedad. Más aún, el tipo apropiado sería una educación en la que se enseñe y se aprenda la ideología política elegida, en la que se adquieran las técnicas necesarias para asimilarla y (si tenemos la mala suerte de encontrarnos con las manos vacías en la materia de una ideología) una educación en las destrezas de pensamiento abstracto y premeditación necesarias para crearla nosotros mismos. La educación que necesitaremos deberá habilitarnos para exponer, defender, implementar y posiblemente inventar una ideología política.

En la búsqueda de una demostración convincente que este entendimiento de política revela una forma autoimpulsada de actividad, sin duda deberíamos sentirnos recompensados si pudiésemos encontrar un ejemplo de política conducida precisamente de este modo. Esto, al menos, constituiría una señal de que estábamos en el camino correcto. Recordemos que el defecto de la idea de política como una actividad puramente empírica era que demostraba ser, no una actividad, sino una abstracción; y este defecto se hacía manifiesto ante la imposibilidad de encontrar un estilo de política que fuese algo más que una aproximación a ella. ¿Cómo se entiende la política como empirismo unida a una ideología idónea en este aspecto? Sin ser demasiado confiados, podemos pensar que por aquí llegamos a tierra vadeando. No pareceríamos estar en dificultades de encontrar un ejemplo de actividad política que corresponda a esta visión de ella: la mitad del mundo, por lo menos, parece conducir sus asuntos exactamente de este modo. Más todavía: ¿no es común que en un posible estilo de política, aun cuando no estemos de acuerdo con una determinada ideología, no encontraremos nada técnicamente absurdo en los escritos de aquellos que tratan de imponerla como un estilo admirable de política? Al menos sus defensores parecen saber de lo que hablan: no sólo entienden la manera de actuar sino que también el tipo de conocimiento y la clase de educación que implica. Todo niño en Rusia', escribió Sir Norman Angen, 'conoce la doctrina de Marx y puede recitarla. ¿Cuántos niños ingleses tienen el correspondiente conocimiento de los principios enunciados por Mill en su incomparable ensayo *On Liberty*?', 'Tocas personas', dice Mr. E. H. Carr, 'contradicen ya la tesis de que el niño debe ser educado en la ideología oficial de su país'. En resumen, si buscamos una señal que indique que el entendimiento de la política como una actividad empírica precedida de una actividad ideológica es el adecuado, difícilmente podemos estar equivocados, al suponer que lo tenemos a mano.

Sin embargo, puede existir aún lugar para algunas dudas: dudar, primero que nada, si básicamente este entendimiento de la política evidencia una manera autoimpulsada de actividad; y dudar, consecuentemente, si están debidamente identificados los ejemplos de un estilo de política que correspondan exactamente a esta concepción.

El asunto que estamos investigando es si la preocupación por el orden de una sociedad puede comenzar con una ideología preconcebida, puede comenzar con un conocimiento adquirido independientemente de los fines a ser alcanzados. ¹Se supone que una ideología política es el producto de una

¹Este es el caso, por ejemplo, de la Ley Natural, si se toma como explicación de una actividad política o (erróneamente) como guía de una conducta política.

preocupación intelectual y que, al constituir un conjunto de principios que no están en deuda con la actividad de atender los acuerdos de una sociedad, puede determinar y guiar la dirección de esa actividad. Sin embargo, si consideramos más de cerca el carácter de una ideología política, nos damos cuenta inmediatamente de que esta suposición es falsa. La ideología política pasa de ser padre divino de una actividad política a ser hijastro terrenal. En lugar de ser un esquema de fines independientemente preconcebidos, pasa a ser un sistema de ideas ajeno a la forma en que la gente está acostumbrada a manejar el ordenamiento de sus sociedades. El linaje de toda ideología política muestra que es el producto, no de la preconcepción de la actividad política, sino de la meditación sobre el proceder de la política. Resumiendo, la actividad política viene primero y la ideología política después, y el entendimiento de la política que estamos investigando tiene la desventaja de ser, en sentido estricto, absurdo.

Consideremos el asunto relacionándolo primero con una hipótesis científica, suponiendo que ésta juega un papel en ciencia similar, en algunos aspectos, al de la ideología en política. Si una hipótesis científica fuera una brillante idea autogenerada sin depender en absoluto de la actividad científica, entonces se podría considerar que el empirismo manejado por hipótesis es una forma de actividad independiente; pero ciertamente ésta no es la característica. La verdad es que sólo un individuo que sea un científico puede formular una hipótesis científica; es decir, una hipótesis no es una invención independiente capaz de guiar una investigación científica, sino una suposición dependiente que surge como abstracción de una actividad científica ya existente. Además, incluso cuando una hipótesis específica haya sido formulada de este modo, resulta inoperante como guía de investigación si no hace referencia constante a las líneas de investigación científica de la cual ha sido abstraída. La situación concreta no emerge hasta que una hipótesis específica, que es el resultado del empirismo puesto en marcha, no es reconocida en sí, como producto del saber cómo conducir una investigación científica.

Consideremos el ejemplo del arte culinario. Se podría suponer que un lego, algunos materiales apropiados y un libro de cocina podrían constituir los elementos necesarios de una actividad autoimpulsada (o concreta) llamada cocinar. Pero nada más lejos de la verdad. El libro de cocina no es un comienzo independientemente generado del cual puede surgir un plato de comida; no es más que una abstracción del saber de alguien que sabía de cocina: es el producto, no el creador de la actividad. A su vez, el libro puede ayudar a una persona a preparar una comida, pero si tal texto fuera su único guía, de hecho, jamás podría empezar; el libro sólo tiene sentido para aquellos que ya saben lo que esperan obtener de él y, por lo tanto, lo saben interpretar.

Ahora bien, igual como el libro de cocina presupone alguien que sepa

cocinar, y su uso presupone alguien que ya sabe cómo usarlo; y así como una hipótesis científica surge del saber cómo conducir una investigación científica y separado de ese conocimiento es ineficaz poner, útilmente, al empirismo a trabajar, así también debe entenderse una ideología política: no como un comienzo independientemente preconcebido de la actividad política, sino como un conocimiento (abstracto o generalizado) de una forma concreta de atender el orden de una sociedad. La doctrina que establece los objetivos a ser alcanzados tan sólo resume un modo concreto de comportamiento en el cual los objetivos ya están implícitos. No existe con anterioridad a la actividad política, y aisladamente considerada es siempre una guía insuficiente. Las empresas políticas, los objetivos por lograr, los ordenamientos por establecerse (todos los ingredientes normales de una ideología política), no pueden ser preconcebidos antes de la manera de preocuparse del orden de una sociedad; lo que hacemos y, más aún, lo que queremos hacer, es el producto de cómo acostumbramos manejar nuestros asuntos. En realidad, a menudo es sólo el reflejo de una capacidad descubierta para hacer algo que se traduce entonces en una autoridad para llevarlo a cabo.

El 4 de agosto de 1789 se instituyeron los Derechos del Hombre en el complejo y corrupto sistema social y político de Francia. Al leer este documento concluimos que alguien estuvo pensando. En pocas frases se expone una ideología política: un sistema de deberes y derechos, un esquema de objetivos —justicia, libertad, igualdad, seguridad, propiedad, etc.— listos y en espera de ser puestos en práctica por primera vez. '¿Por primera vez?'. Nada de eso. Esta ideología no existió antes de la práctica política, tanto como un libro de cocina antes de saber cómo cocinar. Por cierto era producto de la reflexión humana, pero no era el producto de una reflexión previa a la actividad política. Porque, de hecho, en este documento se revelan, abstraídos y resumidos, los derechos legales comunes de los ingleses, producto no de una preconcepción independiente o de una inspiración divina, sino de siglos de preocupación diaria por atender el orden de una sociedad histórica. O consideremos el *Second Treatise of Civil Government* de Locke, leído en América y en Francia en el siglo XVIII como una declaración de principios abstractos para llevarse a la práctica y considerado como un preámbulo de la actividad política. Pero, lejos de ser un preámbulo, tiene todas las características de ser una posdata y su fuerza orientadora derivó de sus raíces en la experiencia política real. En términos abstractos, encontramos aquí un breve compendio de la forma como los ingleses solían manejar sus estructuras —un resumen brillante de sus hábitos políticos—. O consideren este pasaje de un escritor europeo contemporáneo: 'La libertad mantiene a los europeos intranquilos y en movimiento. Desean tener libertad y al mismo tiempo saben que no la tienen. También saben que la libertad pertenece al hombre como un

derecho humano'. Y al haber establecido el objetivo, la actividad política queda representada como la realización de ese fin. Pero la 'libertad' que se quiere lograr no es sueño o un 'ideal' independientemente preconcebido, igual que la hipótesis científica; es algo que ya está implícito en una forma concreta de conducta. La libertad, como una receta, no es una idea brillante, no es un 'derecho humano' que se puede deducir de algún concepto especulativo de la naturaleza humana. La libertad de la cual disfrutamos es nada más que el producto de ciertos ordenamientos, procesos de cierto tipo: la libertad de un inglés no es algo ejemplificado en el procedimiento de *habeas corpus*, sino que es, a ese punto, la disponibilidad de tal procedimiento. Y la libertad que queremos disfrutar no es un 'ideal' que hayamos preconcebido independientemente de nuestra experiencia política, sino lo que ya está implícito en esa experiencia.²

En esta conferencia, los sistemas de ideas abstractas que llamamos 'ideologías' son inferencias de algún tipo de actividad concreta. La mayoría de las ideologías políticas, y ciertamente las más útiles (porque sin duda tienen utilidades), son abstracciones de tradiciones políticas de alguna sociedad. Pero a veces sucede que una ideología se ofrece como guía de una política que es una abstracción, no de una experiencia política, sino de otro tipo de actividad —guerra, religión, o el manejo de la industria, por ejemplo. Entonces el modelo que se nos presenta no es sólo abstracto, sino que es también inadecuado debido a la irrelevancia de la actividad que lo motivó. Este, creo, es uno de los defectos del modelo que entrega la ideología marxista. Pero lo importante es que una ideología es, a lo sumo, una síntesis de alguna forma de actividad concreta.

Tal vez ahora estemos en condiciones de percibir más exactamente el carácter de lo que se puede llamar el estilo ideológico de la política, y de observar que su existencia no ofrece ninguna base para suponer que la comprensión de la actividad política como empirismo guiado solamente por una ideología es una comprensión adecuada. El estilo ideológico de la política es un estilo confuso. Hablando en propiedad, es una manera tradicional de atender el orden de una sociedad que ha sido resumida en una doctrina de objetivos a alcanzar (junto con el conocimiento técnico necesario), la que ha sido erróneamente considerada como la única guía confiable. En ciertas circunstancias, un compendio de este tipo puede ser valioso; afina el trazado de planes y confiere precisión a una tradición política que las circunstancias muestran como apropiada. Cuando un modo de examinar los órdenes se

²La ley sustantiva tiene la apariencia de haber sido gradualmente silenciada en los resquicios del proceso.' Maine, *Early Law and Customs*, p. 389.

trasplanta de la sociedad en la que ha crecido a otra (una tarea siempre discutible), la simplificación de una ideología puede parecer ventajosa. Si, por ejemplo, el modo inglés de manejar la política se impone en otra sociedad, sería tal vez conveniente hacer primero un compendio de algo llamado 'democracia' antes de empacarlo y exportarlo. Existe, por supuesto, un método alternativo: que lo que se exporte sea el detalle y no el compendio de una tradición, y que los trabajadores viajen con las herramientas —el método que creó al Imperio Británico—. Pero es un método lento y costoso. Y, especialmente con hombres apresurados, *l'homme á programme* con sus compendios siempre se impone; sus *slogans* encantan mientras el funcionario local aparece sólo como el prototipo del servilismo. Pero cualquiera sea la conveniencia aparente de un estilo ideológico de política, el defecto de la explicación de actividad política relacionada con dicho estilo se evidencia cuando consideramos el tipo de conocimiento y la clase de educación, en los que nos incentiva a creer, como suficientes para entender la actividad que se ocupa de los órdenes de una sociedad. Se está sugiriendo que el conocimiento de una determinada ideología política puede tomar el lugar de la comprensión de una tradición de comportamiento político. La vara y el libro pasan a ser en sí eficaces, y no simplemente símbolos de potencia. Los ordenamientos de una sociedad son hechos para parecer, no modos de comportamiento, sino piezas de una maquinaria que se puede transportar a través del mundo indistintamente, en vez de aparecer como formas de comportamiento. Las complejidades de la tradición, que han sido comprimidas en el proceso de resumir, no parecen importantes: se cree que los 'derechos del hombre' existen independientemente de una manera de atender los convenios. Y debido a que, en la práctica, el compendio nunca alcanza por sí mismo a ser una guía suficiente, nos sentimos atraídos a rellenarlos, no con nuestra supuesta experiencia política, sino con experiencias (casi siempre inaplicables) sacadas de otras actividades concretamente entendidas, como son la guerra, la economía, o la negociación de un sindicato.

IV

Concebir la política como la actividad que atiende los órdenes de una sociedad de acuerdo con una ideología independientemente preconcebida es, por lo tanto, igual de erróneo que entenderla como una actividad puramente empírica. Donde quiera que se inicie la política, no puede comenzar con la actividad ideológica, y para tratar de mejorar este entendimiento de la política, hemos observado en principio lo que debe admitirse para obtener un concepto inteligible. Así como una hipótesis científica no puede surgir ni

puede operar sin una tradición ya existente de investigación científica, así también el esquema de objetivos para una actividad política emerge dentro de, y puede ser evaluado sólo cuando está relacionada con una tradición ya existente respecto de la forma de atender los ordenamientos. En política, el único modo concreto de actividad detectable es aquel en el que empirismo y fines son dependientes, en una forma tradicional de conducta, tanto en su existencia como en su ejecución.

La política es la actividad que se ocupa de atender el orden general de un grupo de personas que, de acuerdo a su común reconocimiento del modo en que atienden sus ordenamientos, conforman una sola comunidad. Presumir la existencia de un grupo de personas sin tradiciones reconocidas de conducta, o uno que tenga órdenes que no necesiten modificarse o atenderse,³ es suponerles incapacidad política. Esta actividad, entonces, no surge ni de los deseos espontáneos, ni de principios generales, sino de los modelos de conducta ya existentes, y la forma que toma —porque no puede tomar otra— es la modificación de los órdenes existentes por la exploración y seguimiento de lo que es intrínseco a ellos. Los órdenes que constituyen una sociedad capaz de tener actividad política, ya sean costumbres, instituciones, leyes o decisiones diplomáticas, son a la vez coherentes e incoherentes; conforman un patrón y al mismo tiempo insinúan una simpatía por lo que no aparece claramente. La actividad política es la exploración de esa simpatía y, consecuentemente, un razonamiento político relevante será la exposición convincente de una simpatía, presente pero aún inacabada, y la demostración eficaz de que ahora es el momento apropiado para reconocerla. Por ejemplo: el status legal de la mujer en nuestra sociedad fue por mucho tiempo (y tal vez aún lo es) comparativamente confuso, ya que los derechos y deberes que lo constituían implicaban derechos y deberes que, sin embargo, no eran reconocidos. Y, siguiendo la línea de lo que estoy sugiriendo, la única razón convincente que se puede adelantar para explicar la 'emancipación' técnica de la mujer fue que en todos, o en los aspectos más importantes, ya se había emancipado. Los argumentos surgidos del derecho natural abstracto deben considerarse como insuficientes o como formas mal enmascaradas del único argumento válido: la incoherencia en el orden de una sociedad presionó convincentemente para provocar una modificación. En política, entonces, cada empresa es una empresa consecucional, la búsqueda no de un sueño o un principio general, sino de una inclinación.⁴ Lo que tenemos que hacer al respecto es algo menos impositivo

³Por ejemplo, una sociedad en que la ley sea considerada como un regalo divino.

⁴Ver notas finales.

que las implicaciones lógicas o las consecuencias necesarias: aunque las indicaciones de una forma de conducta sean menos meritorias o más esquivas que éstas, no son por ello menos importantes. Por supuesto, ningún medio permite probar una verdad para así obtener la indicación más válida mientras investigamos; y no sólo se cometen grandes errores de juicio en este asunto, sino que también el efecto total de un deseo satisfecho es tan improbable de predecir, que nuestro empeño por modificarlo a menudo nos lleva donde no queríamos. Más aún, toda la iniciativa está expuesta en todo momento a pervertirse si se introduce una aproximación al empirismo en la búsqueda del poder. Estos son aspectos que nunca se pueden eliminar; pertenecen al carácter de la actividad política. Pero se puede creer que nuestros errores de apreciación serán menos frecuentes y menos desastrosos si podemos escapar a la ilusión de que la política nunca es más que la búsqueda de indicadores; una conversación, no un argumento.

Ahora bien, toda sociedad que intelectualmente está viva puede de vez en cuando resumir sus hábitos de conducta en un esquema de ideas abstractas; y, en ocasiones, las discusiones políticas girarán alrededor de principios generales y no en torno a transacciones aisladas (como los debates en la *Iliada*) o programas y tradiciones de actividad (como los discursos de Tucídides). Y en esto no hay peligro; tal vez incluso, beneficios. Es posible que el espejo distorsionado de una ideología revele pasajes escondidos importantes de una tradición como una caricatura revela las potencialidades de una cara; y si es así, la labor intelectual de desenmascarar una tradición cuando está reducida a una ideología será una parte útil de la educación política. Una cosa es hacer uso del resumen como técnica para explorar las implicaciones de una tradición política, esto es, como un científico utiliza hipótesis; otra, diferente, y algo inapropiada, es entender la actividad política en sí como la actividad que modifica los órdenes de una sociedad para hacerlos concordar con los postulados de una ideología. En este caso, a una ideología se le atribuye una naturaleza que es incapaz de sostener, y podemos encontrarnos, en la práctica, dirigidos por una guía falsa y errónea: falsa porque en el compendio, aunque se haya realizado con mucha habilidad, cualquier implicación puede estar exagerada y propuesta como logro incondicional y el beneficio obtenido al observar lo que revela la distorsión se pierde cuando a la distorsión misma se le otorga la categoría de un criterio; errónea, porque el compendio mismo nunca provee, de hecho, la totalidad del conocimiento usado en la actividad política.

Habrán personas que, aunque de acuerdo con el planteamiento general de esta concepción de la actividad política, sospecharán que confunde lo que, tal vez, es normal con lo que es necesario, y que excepciones importantes (de gran relevancia contemporánea) se han perdido en una vaga generalidad. Se

puede decir que está muy bien en política observar la actividad de explorar y buscar las implicaciones de una tradición conductual, pero, ¿qué luces arroja esto sobre una crisis política como la conquista normanda de Inglaterra, o la instauración del régimen soviético en Rusia? Sería estúpido, por supuesto, negar la posibilidad de una crisis política seria. Pero si excluimos (y debemos hacerlo) un verdadero cataclismo que en su momento haya puesto término a la política eliminando totalmente una tradición conductual (lo que no sucedió en la Inglaterra sajona o en Rusia),⁵ no hay mucho arraigo en el punto de vista que sostiene que aun las revoluciones políticas más serias nos desvían de este entendimiento de la política. Una tradición conductual no es un modo fijo e inflexible del quehacer; es un flujo de atracción. Puede ser destruida temporalmente mediante la incursión de una influencia extranjera, puede ser deformada, restringida, detenida, o puede agotarse, y puede descubrir una incoherencia tan profunda que (incluso sin influencia ajena) provoca una crisis. Y si, para enfrentar estas crisis, hubiera una dirección permanente, fija, independiente, a la que una sociedad pudiera recurrir, sin duda convendría seguirla. Pero no existe tal guía; no tenemos recursos, fuera de fragmentos, vestigios, reliquias de la propia tradición conductual, que la crisis no ha tocado. Pues inclusive la ayuda que podamos obtener de las tradiciones de otra sociedad (o de una tradición menos específica que sea común a varias sociedades) está condicionada por nuestra capacidad de asimilarla a nuestros propios órdenes y nuestra propia manera de atender esos órdenes. El hombre hambriento y desamparado está equivocado si supone que supera la crisis con la ayuda de un abrelatas: lo que lo salva es el conocimiento de algún otro que sabe cocinar, que puede hacer uso porque él mismo no es totalmente ignorante. En resumen, las crisis políticas (aun cuando parezcan ser impuestas a una sociedad mediante cambios más allá de su control) siempre aparecen dentro de una tradición de actividad política; y la 'salvación' proviene de recursos intactos de la tradición misma. Estas sociedades que retienen, en circunstancias de cambio, un vivo sentido de su propia identidad y continuidad (sin odio por su propia experiencia que las hace desear olvidarlo) deben ser consideradas afortunadas, no porque posean lo que otras no tienen, sino porque han movilizadolo que tienen y, de hecho, algo en lo que todos confían.

En la actividad política, entonces, los hombres navegan sin rumbo y sin topar fondo; no existe ni puerto para guarecerse ni fondo donde anclar, ni

⁵La Revolución Rusa (lo que realmente sucedió en Rusia) no fue el producto de la implementación de un modelo abstracto diseñado por Lenin y otros en Suiza: fue una modificación de las circunstancias rusas. Y la Revolución Francesa tuvo una relación mucho más estrecha con el antiguo régimen que con Locke o América.

punto de partida ni de llegada. Se trata de mantenerse a flote en equilibrio; el mar es a la vez el amigo y el enemigo; y navegar consiste en usar recursos de una forma tradicional de conducta para hacerse de un amigo en cada ocasión hostil.⁶

Una doctrina deprimente, se dirá, incluso por aquellos que no cometen el error de añadirle un elemento de crudo determinismo que, de hecho, no tiene cabida. Una tradición de comportamiento no es un surco en que se echarán nuestras pobres e insatisfechas vidas: *Spartam nactus es; hanc exorna*. Pero en lo principal la depresión nace de la eliminación de esperanzas que eran falsas y del descubrimiento que directivas, respetadas por su sabiduría y habilidad sobrehumanas, son, de hecho, de un carácter algo distinto. Si la doctrina nos despoja de un modelo diseñado celestialmente al cual debemos adaptar nuestra conducta, al menos no nos lleva a la marisma donde cualquier elección es igualmente buena o igualmente deplorable. Y si sugiere que la política es *nur für die Schwindelfreie*, ello debiera deprimir sólo a aquellos que han perdido sus nervios.

El pecado del académico es que tarda tanto en llegar al grano. Sin embargo, esta demora tiene cierta virtud; lo que él tiene para ofrecer, a fin de cuentas, puede no ser mucho, pero al menos no es una fruta verde y recogerla sólo toma un momento. Comenzamos considerando el tipo de conocimiento implícito en la actividad política y la clase apropiada de educación. Y, el entendimiento de la política que he recomendado no es erróneo, existen pocas dudas sobre el tipo de conocimiento y la clase de educación que corresponde. Es el conocimiento, tan profundo como podamos hacerlo, de nuestra tradición de comportamiento político. Ciertamente, es necesario agregar otros conocimientos, pero el anterior es aquel sin el cual no podemos hacer uso de nada de lo que podamos haber aprendido.

⁶Para aquellos que creen tener una visión clara de un destino inmediato (esto es, del logro de una condición de vida humana), y que confían que esta condición debe ser impuesta a todos, éste parecerá un entendimiento escéptico de la actividad política; pero, preguntémosle de dónde la sacaron y si ellos imaginan que la 'actividad política' se va a terminar con el logro de esta condición. Y si están de acuerdo en que un destino más lejano puede entonces ser descubierto, ¿no trae consigo esta situación un entendimiento de política como una actividad de fin abierto como la que he descrito? ¿O entienden la política como la realización de estructuras para un grupo de desadaptados que siempre tienen la esperanza de que van a ser 'rescatados'?

Ahora bien, una tradición de comportamiento es algo engañoso de llegar a conocer. Por cierto, puede aparecer incluso esencialmente ininteligible. No es fija ni está terminada; no tiene un centro inmutable al cual se pueda anclar el entendimiento; no tiene un propósito soberano que se pueda percibir o una dirección invariable que se pueda detectar; no hay un modelo que pueda copiarse, ni una idea que pueda ejecutarse o una regla a la cual ceñirse. Algunas partes de ella pueden cambiar más lentamente que otras, pero ninguna está inmune al cambio. Todo es temporal. Sin embargo, aunque una tradición conductual es débil y esquivada, no quiere decir que no tenga identidad, y lo que la hace objeto posible de conocimiento es el hecho de que todas sus partes no cambian al mismo tiempo y los cambios que sufre son intrínsecos a ella. Su principio es de continuidad: su autoridad se reparte entre pasado, presente y futuro; entre lo antiguo, lo nuevo y lo venidero. Es permanente porque, aunque se mueve, nunca está totalmente en movimiento; y aunque se mueve lentamente, nunca está totalmente inmóvil.⁷ Nada que le haya pertenecido alguna vez se pierde totalmente; siempre estamos retrocediendo bruscamente para recobrar y actualizar aun los momentos más remotos: y nada permanece inmutable por mucho tiempo. Todo es temporal, pero nada es arbitrario. Todo se somete a comparación, no con lo que está inmediatamente al lado, sino con el conjunto. Y ya que una tradición conductual no es susceptible de la distinción entre esencia y accidente, el conocimiento de ella implica un conocimiento inevitable de su detalle: conocer sólo la esencia es no conocer nada. Lo que debe ser aprendido no es la idea abstracta, o un conjunto de trucos, ni siquiera un ritual, sino la manera concreta, coherente de vivir con todas sus complicaciones.

Está claro, entonces, que no debemos alentar la esperanza de adquirir este difícil entendimiento mediante métodos fáciles. Aunque el conocimiento que buscamos es local, y no universal, no se llega a él por un camino fácil. Más aun, la educación política no sólo implica llegar a entender una tradición sino que aprender a participar en una conversación: es una iniciación inmediata en un patrimonio en el cual tenemos un interés vital y que incluye la exploración de sus implicancias. Siempre habrá algo de misterio sobre la forma como se aprende una tradición de comportamiento político, y tal vez la única certeza es que no existe un punto fijo de partida. La política de una comunidad no es menos (o más) individual que su lenguaje, y se aprende y

⁷El crítico que encontró 'algunas cualidades místicas' en este pasaje me dejó abismado: me parece una descripción excesivamente pueril de las características de cualquiera tradición: la Ley Común de Inglaterra, la así llamada Constitución Británica, la religión cristiana, la física moderna, el juego de cricket, la construcción de un barco.

práctica de la misma forma. No empezamos a aprender nuestra lengua materna estudiando el abecedario o su gramática; no empezamos aprendiendo palabras, sino palabras en uso; no empezamos (como lo hacemos al comenzar a leer) con lo más fácil para luego seguir con lo más difícil; no nos iniciamos en el colegio, sino en la cuna; y lo que decimos surge siempre de nuestra forma de hablar. Y esto también se puede aplicar a nuestra educación política; empieza con el disfrute de una tradición, observando e imitando las conductas de nuestros mayores, y poco o nada en el mundo deja de influir en nosotros desde el momento en que abrimos los ojos. Nos percatamos de un pasado y un futuro en cuanto percibimos un presente. Mucho antes de que tengamos edad para interesarnos en un libro sobre política hemos adquirido ese complejo e intrincado conocimiento de lo que es nuestra tradición política, sin el cual no podríamos entender el libro que queremos leer. Los proyectos que tenemos son producto de nuestra tradición. La mayor parte, entonces —tal vez la parte más importante—, de nuestra educación política la adquirimos fortuitamente a medida que nos abrimos paso en este mundo natural y artificial en el que hemos nacido, y no existe otro modo de adquirirla. Habrá, por supuesto, más cosas que aprender, y serán más fácilmente aprendidas, si tenemos la suerte de nacer en una tradición política rica y vital y entre personas que tienen una buena educación política; los caminos de la actividad política se descubrirán más rápido: pero aun la sociedad más desamparada y los ambientes más agobiados tienen alguna educación política que ofrecer, y tomamos lo que podemos.

Pero si éste es el modo de comenzar; existen recovecos más profundos que explorar. La política es un asunto apropiado para un estudio académico; es algo que llama a meditar y es importante que pensemos en las cosas adecuadas. Aquí y en otras partes también, la consideración imperante es que lo que estamos aprendiendo a entender es una tradición política, una forma concreta de conducta y por esta razón el estudio de la política, en un nivel académico, debe ser un estudio histórico; en primer lugar, no porque se deba considerar el pasado, sino porque necesitamos conocer el detalle de lo concreto. Es cierto que nada aparece en la superficie actual de una tradición de actividad política que no esté en las raíces profundas del pasado, y si no se descubre la forma en que aparece no se descubre la clave de su significado; y por esta razón, el estudio histórico puro es una parte indispensable de una educación política. Pero lo igualmente importante no es lo que sucedió aquí o allá sino lo que la gente pensó y dijo sobre lo que sucedió; la historia, no de las ideas políticas, sino de la forma de nuestro pensamiento político. Cada sociedad, por lo que subraya en el libro de su historia, construye una leyenda de sus propios aciertos que mantiene al día y que está implícita en su propia comprensión de su política. La investigación histórica de esta leyenda —sin

propósito de exponer sus errores sino para entender sus prejuicios— debe ser una parte preeminente de una educación política. Es en el estudio de la historia genuina, y de la cuasi historia que revela en sus miradas retrospectivas las tendencias que la mueven, que esperamos encontrar la posibilidad de librar-nos de una de las equivocaciones más insidiosas de la actividad política, la que hace aparecer a las instituciones y procedimientos como piezas de una maquinaria destinadas a lograr un propósito preestablecido, en lugar de formas de conducta que son insignificantes cuando se las separa de su contexto: el malentendido, por ejemplo, en el que creyó Mill cuando se convenció de que algo llamado 'Gobierno Representativo' era una 'forma' de política que podía ser considerada como apropiada para cualquier sociedad que hubiera alcanzado un cierto nivel de lo que él llamó 'civilización'. En resumen, el error de considerar nuestros órdenes e instituciones como algo más significativo que las huellas de pensadores y estadistas que supieran hacia qué camino dirigir sus pies sin conocer nada sobre un destino final.

Sin embargo, preocuparse sólo de la propia tradición de actividad política no es suficiente. Una educación política, merecedora de ese nombre, debe incluir también un conocimiento de las políticas de otras sociedades contemporáneas, porque siempre algo de nuestra política está relacionado con las otras, y si se desconoce la forma en que atienden sus órdenes se desconoce el fin que persiguen y los recursos posibles de nuestra propia tradición; y porque no se conoce nada si se conoce sólo lo propio. Pero aquí, dos observaciones deben hacerse. No comenzaron ayer las relaciones con nuestros vecinos; y no se necesita constantemente buscar en los demás la tradición de nuestra política para encontrar alguna fórmula especial o algún expediente *ad hoc* que oriente esas relaciones. Sólo cuando voluntariamente o negligentemente olvidamos los recursos del entendimiento y la iniciativa que pertenece a nuestra tradición, nos vemos obligados a callar, como actores que han olvidado su libreto. En segundo lugar, el único conocimiento que vale la pena tener sobre la política de otra sociedad es el tipo de conocimiento similar al que buscamos en nuestra propia tradición. Aquí también, *la verité reste dans les nuances*; y un estudio comparativo de las instituciones, por ejemplo, que oscureciera el conocimiento proveería sólo una sensación ilusoria de haber entendido lo que a pesar de todo sigue siendo un secreto. El estudio de la política de otros pueblos, así como el estudio de la propia, debe ser un estudio ecológico de una tradición del comportamiento, no un estudio anatómico de aparatos mecánicos o la investigación de una ideología. Y sólo un estudio de este tipo nos hará sentir estimulados, y no intoxicados, por las conductas ajenas. Encuestar al mundo para seleccionar la 'mejor' de las costumbres y los mejores objetivos de otros (como dicen que el ecléctico Zeus hizo cuando trató de componer una figura más bella que Helena juntando los rasgos más

sobresalientes por su perfección) es una empresa corrupta y uno de los caminos más seguros de perder el equilibrio político; pero investigar la forma concreta de cómo otras sociedades atienden sus órdenes puede revelar partes importantes de nuestra propia tradición que de otro modo permanecerían ocultas.

Existe un tercer punto en el estudio académico de la política que debe ser considerado; al no encontrar un nombre mejor, lo he llamado un estudio filosófico. La reflexión sobre la actividad política puede darse en varios niveles: podemos considerar qué recursos ofrece nuestra tradición política para manejar una determinada situación, o podemos resumir nuestra experiencia política en una doctrina que pueda ser usada, como un científico utiliza la hipótesis, para explorar sus implicancias. Pero más allá de éstas, y otras formas de pensamiento político, existe un nivel de reflexión en el cual el objetivo es considerar el lugar de la actividad política misma, en el mapa de nuestra experiencia total. Este tipo de reflexión se ha hecho en todas las sociedades que son políticamente conscientes e intelectualmente vitales; y en lo que respecta a las sociedades europeas, la investigación ha descubierto una variedad de problemas intelectuales que cada generación ha formulado a su modo y que ha manejado con los recursos técnicos a su disposición. Y debido a que la filosofía política no es lo que podemos llamar una ciencia 'progresiva', acumulando resultados sólidos y sacando conclusiones en las cuales se pueden basar confiadamente las futuras investigaciones, su historia es especialmente importante; de hecho, en un sentido, no es más que una historia llena de incoherencias que los filósofos han detectado en la manera común de pensar y las formas de solución propuestas. No es una historia de doctrinas y sistemas. El estudio de esta historia debería ocupar un lugar importante en la educación política, y la tarea de comprender la interpretación que la reflexión contemporánea le ha dado debiera ocupar un lugar aun más importante. No podemos pretender que la filosofía política aumente nuestras posibilidades de éxito en la actividad política. No nos ayudará a distinguir entre buenos y malos proyectos políticos; no tiene el poder para guiar o dirigirnos en la tarea de descubrir las implicancias de nuestra tradición. Pero un análisis paciente de las ideas generales que se conecten con la actividad política —ideas como naturaleza, artificio, razón, voluntad, ley, autoridad, obligación, etc.— siempre que logren enderezar en parte lo tortuoso de nuestro pensamiento y conduzcan a un uso más económico de conceptos, es una actividad que no debe ser ni sobrevalorada ni despreciada. Pero debe entenderse como una actividad explicativa y no práctica y con ella sólo podemos esperar ser más astutos frente a declaraciones ambiguas y argumentos irrelevantes.

Abeunt studia in mores. Los frutos de una educación política se revelarán en la forma como pensamos y hablamos de política y tal vez en la

forma en que manejemos nuestra actividad política. La selección de las materias de esta presunta recolección es siempre delicada y habrá discrepancia sobre lo que es más importante. Personalmente espero dos cosas: mientras más profundo sea nuestro entendimiento de la actividad política, estaremos menos expuestos a analogías posibles pero erróneas, y menos seducidos por modelos falsos o insuficientes. Y mientras más minuciosa sea la comprensión de nuestra propia tradición política y mayor la prontitud en la disponibilidad de todos los recursos, estaremos menos inclinados a dejarnos llevar por las ilusiones que atrapan a los ignorantes y desprevenidos: la ilusión de que en política se puede caminar sin una tradición conductual, la ilusión de que el compendio de una tradición es en sí una guía suficiente y la ilusión de que en política hay siempre un puerto seguro, una meta que alcanzar o incluso una huella detectable de progreso. 'El mundo es el mejor de todos los mundos posibles, y todo en él es un mal necesario'.

Precisiones

1. Esta expresión, que espero haya quedado clara, tenía como fin ser una descripción de lo que es en realidad la actividad política en las circunstancias mencionadas, es decir, en los "grupos hereditarios, cooperativos, muchos de antiguo linaje, todos ellos conscientes de un pasado, un presente y un futuro, que llamamos 'estados'." Los críticos que piensan que ésta es una descripción tan especializada que omite totalmente el relato de algunos de los pasajes más importantes en la historia política moderna, están, por supuesto, haciendo un comentario pertinente. Pero aquellos que creen que esta expresión no significa nada cuando se refiere a cada situación llamada 'revolucionaria' y a cada ensayo de la llamada política 'idealista', deben pensarlo de nuevo sin olvidar que ésta no pretende ser una descripción de los motivos de los políticos ni de lo que ellos mismos creen estar haciendo, sino de lo que realmente logran en su quehacer.

Conecto a este entendimiento de la actividad política dos proposiciones adicionales: primero, si es verdadero, se supone tendrá alguna influencia en el modo en que estudiemos política, esto es, en la educación política; segundo, si es verdadero, se supone tendrá alguna influencia en el modo de conducirnos en la actividad política —suponiendo que existe alguna ventaja en pensar, hablar y argumentar de acuerdo con lo que realmente hacemos—. La segunda proposición no creo que sea muy importante.

2. Se ha concluido que este entendimiento de la actividad política la reduce a un 'actuar por presentimiento', un 'seguir intuiciones' y que 'no

resiste ningún argumento'. Nada de lo que he dicho justifica esta conclusión. La conclusión que yo mismo he sacado a este respecto es que, si este entendimiento de la actividad política fuese cierto, ciertas formas de argumentación (por ejemplo, los argumentos destinados a determinar la correspondencia de una proposición política con la Ley Natural o con una 'justicia' abstracta) deben considerarse ya sea como insuficientes o como torpes formulaciones de otras investigaciones, y debe entenderse que tienen un valor meramente retórico o persuasivo.

3. Se ha sugerido que este entendimiento de la actividad política no entrega estándares o criterios para distinguir entre proyectos políticos buenos o malos, y no ayuda a decidir entre una cosa u otra. Esto nuevamente es una interpretación desafortunada de lo que he dicho: 'todo se relaciona, no con lo inmediato, sino con el todo'. Aquellos que acostumbran juzgar todo en relación con la 'justicia', con la 'solidaridad', con el 'bienestar' o con algún otro "principio" abstracto, y no conocen ningún otro modo de pensar o hablar, podrían tal vez considerar cómo, en la práctica, un abogado en una Corte de Apelaciones alega lo inadecuado de la condena de su cliente. ¿Acaso dice: 'Esto es una injusticia manifiesta', y lo deja ahí? ¿O se espera a que diga que la condena está 'fuera de lugar en relación con el nivel general de condenas, comúnmente, otorgadas en acciones difamatorias'? Y si dice esto, o algo parecido, ¿no debiera ser acusado de no esgrimir argumento alguno, o de no tener estándares o criterio, o meramente de referirse a 'lo que se hizo la última vez'? (Cf. Aristóteles, *Analytica Priora*, II. 23.). Nuevamente, ¿está en lo correcto el señor N. A. Swanson cuando argumenta de esta manera, sosteniendo la revolucionaria proposición de que debe permitírsele a un jugador de cricket el 'lanzamiento' de la pelota: 'la presente acción de lanzar ha evolucionado como una secuencia, desde bajo el brazo, a través de circular el brazo, hasta tirar la bola por alto, mediante reglas sucesivas de acciones no ortodoxas. Por tanto, sostengo que el 'lanzamiento' no tiene lugar en esta secuencia...'? ¿O está el Sr. G.H. Fender argumentando sin un estándar o criterio, o está meramente expresando un "presentimiento" cuando contesta que el 'lanzamiento' de la pelota tiene lugar en esta secuencia y debe ser permitido? ¿Es tan absurdo describir lo que se hace aquí y en todas partes como la 'exploración de las implicancias' de toda la situación? Cualquier cosa que queramos decir para reforzar nuestra autoestima, ¿no es acaso ésta la manera de cómo se producen los cambios en el diseño de cualquier cosa, ya sean muebles, vestimentas, automóviles o sociedades capaces de actividad política? ¿Se aclara todo mucho más si excluimos las circunstancias y las traducimos en el idioma de los 'principios', el 'lanzador' tal vez argumentando su 'derecho natural' a lanzar? E incluso entonces, ¿podemos excluir lo circuns-

tancial? ¿Se pondría en duda el derecho de lanzar si el derecho a lanzar hacia arriba no hubiera sido concedido? En todo caso, creo que quizás se me puede permitir la reiteración de mi punto de vista en cuanto a que los 'principios' morales y políticos son compendios de formas tradicionales de conducta, y referir las conductas específicas a 'principios' no es lo que se le hace aparentar (por ejemplo, refiriéndolo a un criterio que es confiable porque está desprovisto de una contingencia, como el llamado 'precio justo').

4. Se ha afirmado que en política no existe 'situación total': ¿por qué hemos de suponer que dentro del territorio que llamamos británico... haya sólo una sociedad, con sólo una tradición? ¿Por qué no puede haber dos sociedades... cada una con su propia forma de vida? En el pensamiento de un crítico más profundo ésta puede ser una cuestión filosófica que requeriría una respuesta más extensa. Pero bajo las circunstancias tal vez sea suficiente decir: primero, que la ausencia de homogeneidad no necesariamente destruye la individualidad; segundo, lo que aquí estamos considerando es una sociedad legalmente organizada y la forma en que su estructura legal (que a pesar de sus incoherencias no tiene competidor) es reformada y modificada; y tercero, ya establecí lo que yo entendía por una 'comunidad única' y las razones para elegirla como punto de partida.

5. Por último, se ha dicho que, ya que rechazo los 'principios generales', no proveo de los medios para detectar las incoherencias y para determinar lo que debe ir en la agenda de reforma. '¿Cómo descubrimos lo que una sociedad (*sic*) indica?' A esto sólo puedo responder: '¿Quieren que les diga que en política existe, lo que ciertamente no existe en ninguna otra parte: una forma de probar errores al decidir lo que se debe hacer?' ¿Cómo decide un científico, con las condiciones actuales de la física a su disposición, la dirección de un progreso provechoso? ¿Qué consideraciones tuvieron en mente los constructores medievales cuando detectaron las desventajas de construir en piedra como si lo estuvieran haciendo en madera? ¿De qué modo un crítico llega a la conclusión de que una obra artística es incoherente, de que la forma elegida por un autor para elaborar ciertos pasajes difiere de la forma en que elabora otros?

J.S. Mill (Autobiography, OUP pp. 136-7, 144-5), cuando dejó de considerar los principios generales como guías confiables en la actividad política o como una forma satisfactoria de explicar las cosas, los reemplazó por una 'teoría del progreso humano' y lo que llamó una 'filosofía de la historia'. El pensamiento que he expuesto en este ensayo puede considerarse

como una etapa más avanzada en este peregrinaje intelectual, una etapa donde ni los 'principios' (debido a lo que finalmente resulta ser: un mero índice de conductas concretas) ni una teoría general sobre la naturaleza y dirección de los cambios sociales dan al parecer una referencia adecuada para una explicación o para una conducta práctica. □